

ZIMRI

SEGÓ LO QUE SEMBRÓ

EDDIE CLOER

Texto: 1º Reyes 16.8–20

Zimri: ¿Ha oído usted hablar de él? Recordamos a José, por su pureza; a Abraham, por su fe; a Saúl, por su buen parecido; a David, por su corazón; pero ¿en qué piensa usted cuando considera a Zimri? Es probable que en nada. La razón por la que la mente se nos pone en blanco, cuando se menciona el nombre de Zimri, es que él no ocupa mucho tiempo en las Escrituras. Su gobierno duró tan solo un pestaño, una semana del 885 a. C., el gobierno más breve de todos los reyes del norte. Se podría incluso afirmar convincentemente que en realidad no fue un rey; solo fue un «aspirante» a rey, un usurpador fugaz, y no debería dignificársele con su inclusión en la lista de los reyes del norte.

La biografía que de él da Dios, que consta de solamente seis versículos, es un breve y lastimoso relato:

En el año veintisiete de Asa rey de Judá, comenzó a reinar Zimri, y reinó siete días en Tirsa; y el pueblo había acampado contra Gibetón, ciudad de los filisteos. Y el pueblo que estaba en el campamento oyó decir: Zimri ha conspirado, y ha dado muerte al rey. Entonces todo Israel puso aquel mismo día por rey sobre Israel a Omri, general del ejército, en el campo de batalla. Y subió Omri de Gibetón, y con él todo Israel, y sitiaron a Tirsa. Mas viendo Zimri tomada la ciudad, se metió en el palacio de la casa real, y prendió fuego a la casa consigo; y así murió, por los pecados que había cometido, haciendo lo malo ante los ojos de Jehová, y andando en los caminos de Jeroboam, y en su pecado que cometió, haciendo pecar a Israel (16.15–19).

Zimri fue seguidor de los caminos de Jeroboam. Usurpó el trono y trató de reinar sobre Israel, pero su intento fue un rotundo fracaso, que solo duró siete días. En el momento de la usurpación, las

fuerzas militares de Israel estaban dedicadas al sitio de Gibetón, en un esfuerzo por recuperar de los filisteos esa ciudad que era como un «aguijón en el costado» para Israel. El ejército de Israel era dirigido por Omri, que gozaba de especial popularidad con el pueblo. Cuando el pueblo oyó que Zimri había dado muerte a Ela, ellos hicieron a Omri rey de «todo Israel». Zimri tenía aparentemente un pequeño grupo de seguidores que apoyaban que fuera ungido como rey, de modo que lo primero que tuvo que hacer Omri fue enfrentar a Zimri. Marchó en seguida a Tirsa y rodeó la ciudad. Zimri vio la difícil situación en que se encontraba y, percatándose de que estaba condenado, sencillamente se rindió. Se encerró en el palacio, le prendió fuego y lo redujo a cenizas, tomando su propia vida. En lugar de salir resplandeciente de victoria, salió humeando de humillación.

Así, Zimri tomó el trono por usurpación y le fue arrebatado el trono por usurpación. Lo que le había hecho a Ela, Omri se lo hizo a él. Experimentó en carne propia lo contrario de la regla de oro: «Como habéis hecho a otros, será hecho a ti». Un «aspirante» a monarca se convirtió en víctima de suicidio, cuando vio que iba a ser muerto. El evento de su muerte fue descrito por el Espíritu Santo como la sentencia del juicio de Dios sobre él:

... por los pecados que había cometido, haciendo lo malo ante los ojos de Jehová, y andando en los caminos de Jeroboam, y en su pecado que cometió, haciendo pecar a Israel (16.19).

El breve intento de Zimri por gobernar debería hacernos reflexionar sobre la ley de la vida que toda persona tarde o temprano ha de enfrentar: la ley que dice: «todo lo que sembrares, eso también

segarás». Zimri enfrentó esta ley, como todos estamos obligados a enfrentarla, y fue destruido por ella. Que esta ley nos «edifique» o nos «destruya», depende de la forma como la abordemos. Sería sabio de parte nuestra que consideremos los diferentes aspectos de esta ley teniendo como antecedente el breve reinado de Zimri.

LA COSECHA:

SEGAMOS LO QUE SEMBRAMOS

La primera verdad que descubrió Zimri en relación con esta ley, es que nosotros segamos *lo que sembramos*. La cosecha estuvo determinada por la siembra que él realizó. Había sembrado violencia y homicidio, había vivido creyendo en la ley del más fuerte, y pronto segó los resultados de vivir conforme a tales principios. Jesús dijo: «... todos los que tomen espada, a espada perecerán» (Mateo 26.52). La semilla, una vez sembrada, no podrá cambiarse, y tampoco podrá cambiarse la cosecha. La cosecha se producirá de lo sembrado, con la misma seguridad que la noche sigue al día. Pablo nos aseguró la certeza de esta verdad:

No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna (Gálatas 6.7-8).

Todo ser humano sobre esta tierra está sembrando semillas de pensamientos, de palabras y de acciones que madurarán más adelante, con algunos resultados que se producirán en esta vida, y otros en la eternidad. He aquí tres hechos inevitables de la vida:

NO PODEMOS evitar la siembra.
NO PODEMOS eludir la siega.
NO PODEMOS rehuir la siega de lo que sembramos.

Nos gusta hablar acerca de cuán injusta es la vida. Expresamos esta idea especialmente cuando algo sale mal en la vida. Por ejemplo, un ser querido que ha vivido una buena vida, se enferma, y decimos: «¡No es justo!». Sí, sé que hay momentos cuando la vida no parece justa; sin embargo, para la mayoría de la gente, la vida es sorprendentemente justa. Por lo general, ella nos devuelve lo que hemos dado. La regla general de la vida, una regla de la cual jamás podemos alejarnos, es que segamos lo que sembramos. Platón vio esta

verdad relacionada con el mal, tal como se revela en su afirmación en el sentido de que «el mal y su debida retribución están firmemente adheridos el uno al otro». Todos los hombres en todo lugar, en todas las eras, reconocen esta verdad cuando enfrentan la realidad aleccionadora del testimonio de las experiencias de la vida. Puede que usted haya oído el antiguo dicho, que dice: «Así como entre mil vacas un ternero hallará a su propia madre, la obra llegará hasta la casa del que la hizo».

Puede que alguien alegue, diciendo: «¡Pero yo he visto excepciones! Sé de un hombre inicuo a quien parece estarle yendo bastante bien». Esta no sería la primera vez que tal alegación se presente, pues años atrás el salmista la presentó (Salmos 73). Él veía que aparentemente el inicuo prosperaba, y el justo era perseguido. La falsedad de esta afirmación, como el salmista observó, consiste en que una parte de la siega se está realizando aunque no la veamos con el ojo físico. Debemos entender que en esta vida no se realizará toda la siega. Parte de la siega se realiza aquí, pero la mayor parte de ella se realizará en la eternidad.

La regla básica para la vida en este mundo es que uno siega lo que siembra: las personas amigables tendrán más amigos, las personas diligentes recibirán los galardones, las personas honradas recibirán la confianza, etc. Aparentemente hay excepciones aquí y allá. Todos las hemos visto, pero aun a las que parecen excepciones, con el tiempo les llegará el día de la siega, que si no es en esta vida, lo será en la venidera, esto es, en la eternidad.

Sea que Zimri no conociera la ley de la siega, o sea que sí la conociera, pero sencillamente hiciera caso omiso de ella, lo cierto es que esa ley se ejecutó en su vida: Le retribuyó con una moneda del dinero que invirtió en la vida. Recibió el mismo trato que le dio a otros. Esa ley hará lo mismo con usted y conmigo. El argumento de que no se conocía la ley no servirá de nada. Hacer caso omiso de la ley no nos eximirá. La única manera de manejar la ley es reconociéndola y sembrando la semilla buena de vivir piadosamente, algo que Zimri no hizo.

LA COSECHA: SEGAMOS MUCHO MÁS DE LO QUE SEMBRAMOS

Una segunda verdad que Zimri aprendió acerca de la ley de la siega es que la cosecha es mayor que las semillas sembradas y que el tiempo de cosecha es mucho más extendido que el tiempo de siembra. Las semillas son pequeñas en tamaño, pero producen una cosecha que es varias

veces mayor el tamaño de ellas. Una semilla equivale a una planta, y una planta equivale a un saco de grano. Podemos contar las semillas de una manzana, pero no podemos contar las manzanas que produce una semilla. La cosecha siempre es más grande que la siembra. Si así no fuera, no sería muy provechoso dedicarse a la agricultura.

No sabemos cuando fue que Zimri comenzó a sembrar las semillas que llevaron a esta terrible cosecha. ¿Comenzó en sus años de adolescente con la diabólica idea de que podía tomar lo que quisiera? ¿Comenzó en sus años de muchacho a creer en la idea de que «si uno tiene el tamaño suficiente para tomar lo que desea, no hay nada malo en tomarlo»? No sabemos cuándo fue que comenzó a sembrar, pero lo que sí sabemos es que con el tiempo él trazó un plan en su mente, con el fin de apoderarse del trono por medio de asesinar. Luego comenzó a buscar un momento y un lugar para llevarlo a cabo. La ejecución en sí del plan no tomó mucho tiempo. Cuando la oportunidad se presentó, el rey, Ela, fue muerto en cuestión de minutos. La siembra por fin se había hecho. Luego, más rápidamente de lo que pudo haber esperado, la cosecha se realizó, ¡y qué cosecha la que recogió! La siega que él debe experimentar se extenderá por la eternidad. La cosecha, en este caso, tomó posesión de su vida y la destrozó para que el mundo entero viera. Él personalmente conocería la tragedia de llegar al final del viaje de la vida antes de que fuera tiempo de morir para él. Había producido tragedia en la vida de otros, y una tragedia parecida sobrevendría a su vida.

Me pregunto cómo vio Zimri su acto de traición. Tal vez pensó, diciendo: «Entraré corriendo a matar a Ela, y el asunto quedará superado. Luego estaré sobre el trono, y todo Israel estará feliz de tenerme como rey. Seré un rey seguro en el trono, pues tendré la totalidad del ejército para protegerme. El reino es mío para que yo lo tome. Las movidas apropiadas en el momento apropiado deben bastar». Si esto fue lo que pensó, había una sorpresa en camino para él: una cosecha que segar. El pueblo no lo quería como rey. Lo más importante era que Omri, el capitán del ejército, y el hombre que tenía el poder, no lo quería como rey. De su pequeño plan, las pocas semillas sembradas en un momento muy propicio, emergió un brote en forma de una enorme calamidad que dio como resultado una elección que helaba los huesos: o moría siendo ejecutado públicamente, o moría suicidándose. Abrumado por la derrota, e impotente para hacer algo al respecto, Zimri eligió tomar su vida y salir de este mundo como un desastre. Se retiró a un

lugar aislado, se ocultó de la vista de los demás, dentro de una habitación interna del palacio, donde tomó su propia vida y de este modo añadió otra marca negra a su nombre. La cosecha que tenía que recoger era demasiado para él.

Sin saberlo, Zimri estaba alojado en la casa en que todo se observa, de la Palabra de Dios. A través de los lentes de la santa historia inspirada, el mundo entero miraría y estudiaría lo que Zimri eligió hacer acerca de la ley de la siega. Dejaría un legado a todas las personas que leerían las Escrituras: «No hagan caso omiso de la ley de la siega. Yo lo hice, y miren lo que me sucedió».

Mientras el mundo lee el legado, Zimri vive en la eternidad, segando de la siembra que hizo mientras vivía. La cosecha es perpetua, una eternidad de derrota sin fin. Estará segando, segando y segando. Ciertamente descubrió del modo más doloroso que la cosecha es mayor y mucho más prolongada que la siembra. No cometa usted el mismo error de Zimri.

Nosotros tomamos nuestras decisiones, pero nuestras decisiones determinan nuestro destino.

Siembra una idea,
segarás carácter.
Siembra carácter,
segarás una vida.
Siembra una vida,
segarás un destino.

LA COSECHA: SEGAMOS LO QUE OTROS HAN INFLUIDO EN NOSOTROS

Otra verdad que Zimri descubrió en relación con la ley de la siega, es la verdad en el sentido de que la cosecha de uno puede ser influenciada por la siembra y la siega de otros. Él en realidad participó de los cultivos que otros produjeron.

Zimri sin duda creyó en las ideas que estaban de moda en su tiempo, en la filosofía que estaba en boga. Un asesinato, el de Nadab, ya había ocurrido antes de él (15.25–31). Un anuncio de otro había sido hecho por el profeta Jehú (16.8–13). Los dirigentes de la época parecían creer que la forma de cambiar una situación era asumiendo el dominio con la espada y matando a quien se interpusiera en el camino. Los hijos de Dios estaban viviendo y pensando como paganos. Tal vez había estado cerca de amigos y parientes que abogaran, diciendo: «El hombre propicio, en el momento propicio, puede tomar el trono con el brazo fuerte de la carne». Fue influenciado por esta forma de pensar, pero de lo que no se percató es que esta siniestra idea era una clase de siembra. Aportaría a la cosecha que él tendría que segar.

Nosotros no vivimos en un vacío. Toda clase de ideas flotan en el ambiente, ideas que han salido del pozo séptico de mentes controladas por el mal. Si a estas ideas se les permite hacerlo, llegan a formar parte de nuestra forma de pensar. Después de entrar en nuestra mente, pasan a actuar en la transformación de nuestro carácter; luego salen en forma de palabras y de acciones. Lo que haya en el fondo del pozo que es el corazón, saldrá en el cubo del discurso y las acciones (Mateo 12.25). Cuando el tiempo de la siega llega, tendremos que reconocer, diciendo: «Estoy segando algo de la cosecha que otros sembraron. Ellos han influido en mí y me han transformado. Les he permitido hacerlo, y ahora estoy pagando por ello». La cosecha que usted debe segar es inconsciente de quién fue el que lo influyó a usted; le hace segar lo que usted ha sembrado sin importar cuándo, por qué ni cómo hizo usted la siembra.

Hace algunos años insté a un talentoso joven predicador a procurar una educación universitaria cristiana. Él quería ir a la universidad, pero sus padres no tenían suficiente dinero. Fueron animados apropiadamente, y la familia se unió para ayudarlo a asistir a una universidad cristiana. Tenían algunos ahorros que decidieron usar. El joven trabajaba durante el verano para ganar todo lo que pudiera. Su madre aceptó un empleo, esperando trabajar durante los cuatro años que su hijo estuviera en la universidad. Fue un exitoso esfuerzo familiar; el joven estaba pronto encaminado a la universidad. A pesar de este logro, el relato tiene un final triste. El joven tenía un compañero de habitación que no tenía altos principios morales. Con el tiempo, su compañero lo indujo al uso de drogas. Tan pronto como las autoridades universitarias descubrieron el asunto, él y su compañero fueron destituidos de forma deshonrosa y vergonzosa para ellos y para sus familias. Sembraron y segaron. Sé que ese joven era un buen joven. Podía haber llegado muy lejos, pero permitió que la siembra de otro se convirtiera en su siembra, y con el tiempo la siega de otro llegó a ser su siega.

Otros contribuyen a nuestra siembra y siega. Nosotros se lo permitimos. Por lo tanto, debemos resolvernos a elegir cuidadosamente nuestros pensamientos, filosofías, amigos y acciones; pues estos llegan a formar parte de la totalidad de la siembra que estamos haciendo y de la siega que realizaremos. Sea que sus ideas y acciones vengan solamente de usted, o que sean influenciadas por otro, su siega será conforme a lo que usted siembre.

LA COSECHA: LO QUE SEGAMOS INFLUENCIA A OTROS

La cuarta verdad que observamos en relación con Zimri es que su siega afectó y afectará la siega de otros. Todos los que estuvieron relacionados con Zimri vivieron para lamentar tal relación.

Zimri dejó tras sí una influencia que decía: «Las cosas buenas son para el más apto, el más rudo, el más fuerte. El puño más grande obtiene la victoria». ¡Qué terrible es este mensaje para ser dado por alguien con su vida! La vida de Zimri se convirtió en un proverbio (2° Reyes 9.31). Sería recordado por el asesinato que cometió contra Ela. Quienquiera que asesinara a un rey sería llamado «Zimri». ¡Qué reputación para ser dejada por alguien tras sí! Puede que usted diga: «Tal vez no hubo nadie que oyera o viera a Zimri. Puede que tuvieran la suficiente inteligencia para hacer caso omiso de la lección que él enseñaba». Lo más probable, es que algunos fueron influenciados por sus métodos diabólicos. Cuando Zimri salió en degradación y derrota, los que le habrían escuchado, pudieron haber tomado nota y haberse resuelto a tomar una ruta diferente, pero en el carácter de ellos quedaría un residuo que habría sido depositado al tocar la vida de Zimri la vida de ellos.

En la sociedad en general, el aporte de Zimri se abonó al caos, no a la buena vida en comunidad. Dejó tras sí un rastro de lágrimas, no un camino más llano que hiciera más fácil el viaje de los que venían después de él. En lugar de apartar las rocas que hacían agitada la jornada, agregó algunas y la hizo más dura para los que le seguían. Los que vinieran tras Zimri hallarían más difícil la vida, porque tendrían que participar, quisieran o no, de la cosecha que la vida de Zimri había producido. Zimri dejó tras sí una nube de desesperanza y desconfianza que las comunidades de Israel tendrían que superar para volver a ser decentes, respetables y temerosas de Dios.

Usted está dejando una cosecha tras sí, una cosecha que usted debe segar y que otros, al menos en parte, deben segar. ¿Qué clase de cosecha es? Nadie vive completamente para sí mismo, por sí mismo o a sí mismo. Todos vivimos en una comunidad. Influenciamos a los demás, y los demás nos influncian a nosotros.

Al meditar en esta verdad, es casi inevitable que pensemos en los niños. No está en ellos elegir a sus padres ni la sociedad en la que serán criados. Un día se percatan de que existen y de que deben vivir con los padres que tienen, en la comunidad en que nacieron. Desde el primer día, participan de

una cosecha que alguien más plantó. Deben vivir en el huerto o en la parcela de espinos que crearon los que vivieron antes de ellos. Heredan la cosecha de la siembra que les precedió. La verdad de esta ley debería hacer que nos detengamos y meditemos. No solo segaré lo que siembre, sino que otros, especialmente los seres queridos que nos rodean, segarán, hasta cierto punto, lo que yo siembre. Vivirán con la clase de cosecha que he provisto para ellos por las elecciones que haya hecho y la vida que haya vivido.

CONCLUSIÓN

No hay duda de que si Zimri hubiera tenido la oportunidad de volver a vivir su vida, una oportunidad que nadie tiene, él la habría vivido de modo diferente. Habría elegido otra senda. Habría ido por la vida buscando la manera de sembrar cuidadosa y meditativamente. La retrospectiva siempre es mejor consejera que la perspectiva. Zimri no puede volver a vivir su vida. Su vida quedó atrás. No obstante, lo que Zimri puede hacer, de un modo negativo, es instruirnos con su vida. De hecho, Dios se aseguró de esto, incluso sin el consentimiento de Zimri. En esta breve biografía de su vida, esto es lo que Zimri dice por medio de lo que hizo: «Segarás lo que siembres; segarás más de lo que siembres; tu cosecha será influenciada por otros; y tu cosecha influenciará la cosecha de otros». Su vida predica un sermón que necesitamos oír. ¿Oiremos?

Se cuenta la historia de un predicador que predicaba un mensaje sobre sembrar y segar. De un modo contundente declaró que nadie puede cambiar la cosecha. «Sembramos, y segaremos lo que hemos sembrado», dijo con una voz fuerte. Después del sermón, alguien le preguntó: «Si solo vamos a segar lo que hemos sembrado, ¿por qué deberíamos hacernos cristianos? Ya estamos destinados a segar lo que hemos sembrado de todos modos. Hacernos cristianos no va a cambiar eso». El predicador pensó por un momento y luego contestó: «Sí, usted tiene razón. Debemos recibir de vuelta lo que hemos sembrado. La cosecha terrenal no será anulada tan solo porque nos hayamos hecho cristianos, pero el cristiano tiene a Dios, a Cristo, al Espíritu Santo y a la iglesia para ayudarlo a enfrentar la cosecha que se debe segar, de una vida que hasta ese momento fue mal empleada». Tenía razón, pero otra idea debe añadirse: Hacerse cristiano no solo le ayudará al

individuo a hacer frente a la cosecha que debe recoger de lo sembrado ayer, sino que también le dará la dirección necesaria para hacer una buena siembra para mañana y para la eternidad. ◆

Lección a ser aprendida: Tenga cuidado de cómo siembra, porque usted y los demás segarán como usted haya sembrado.

Nuevas personas en Cristo

En 2ª Corintios encontramos el emocionante y alentador mensaje en el sentido de que, cual haya sido nuestra vida en el pasado, puede ser hecha nueva. Alguien que haya sido un perdedor, puede convertirse en ganador. Alguien que ha estado espiritualmente muerto puede ser revivido. Pablo escribió: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2ª Corintios 5.17).

¿Cómo hace Dios nueva a una persona?

En primer lugar, un requisito del proceso por el cual Dios vuelve a hacer nueva a la persona, es que ella se separe del pecado, o muera al pecado (Romanos 6.1–2). Uno puede pasar por esta etapa de separación por medio de una sincera creencia en Cristo (Hechos 15.9), de arrepentirse de sus pecados (1ª Tesalonicenses 1.9) y de confesar a Jesús como Señor y Cristo (Romanos 10.10).

En segundo lugar, uno puede recibir la salvación de Dios, por medio de llegar a ser parte del cuerpo espiritual de Cristo. Romanos 6.3–4 dice que esto sucede cuando una persona es sepultada en Cristo por el bautismo. En el momento del bautismo, el nuevo cristiano es liberado del pecado (Romanos 6.6–7) y añadido a la iglesia (Hechos 2.47), el cuerpo de personas que ha sido revivido por Cristo.

En tercer lugar, una vez que la persona es hecha nueva, debe andar en vida nueva (Romanos 6.4). Esta vida se caracteriza porque vuelve a dar fruto (Romanos 6.21–22; Gálatas 5.16–24).

Cualquiera puede llegar a ser una nueva persona en Cristo. Dios nos invita a cada uno de nosotros a someternos al proceso por el cual nos vuelve a hacer y a vivir la nueva vida en Cristo.

Adaptado de *El modelo de Dios para la iglesia*

Eddie Cloer